

Su tierna mirada bajo un cielo naranja

Cuauhtémoc Flores Ríos

Uno siente la tentación de creer que esta criatura tuvo, tiempo atrás, una figura más razonable y que ahora está rota, pero no es así...

F. Kafka, *Las preocupaciones de un padre de familia*.

Cuando miro hacia atrás, y pienso en todos esos años de observar su mente [...] me pongo muy emotivo, incluso llego a llorar, porque nunca fui totalmente capaz de entrar en su mente y de ajustarla a la normalidad.

Ésta es una carga que sólo un padre puede sentir.

Bill Johnston

«Soy muy feliz, padre», y el padre no supo responder. Se supone que todo aquel que ama a su hijo encontrará su felicidad en la felicidad de este. Es parte de traer con amor una nueva existencia. Pero seamos un poco comprensivos con el padre, pues cualquiera que vea una sonrisa en su hijo mientras ve un cielo naranja con toda su expresión coloreada por el fuego, con una madre, una esposa, siendo consumida por el mismo, bien podría olvidar todo el abecedario y, contra toda hipótesis que deseáramos no fuera verdad, sucedió.

En los días consecuentes, el padre no se sabía expresar con sonidos más allá de los balbuceos. Podía seguir recorriendo el *feed* de su teléfono, seguir respondiendo mensajes, seguir trabajando, pero cuando tocaba emitir alguna palabra, solo se escuchaban temerosos tartamudeos de bebé. Esto dio paso a que su hijo, educado y bien portado, cuando hiciera alguna petición, interpretara todo a su favor con una acogedora inocencia que a su padre inquietaba. El día del funeral, por ejemplo, el hijo se presentó al final, cuando los invitados se fueron, viéndolo el padre reposando en la entrada, con luz de luna, misma luz de luna que lo vio llorar de frustraciones, y ahora ilumina una sonrisa. «Soy muy feliz, padre», y el padre no supo responder.

Antes le acariciaba la cabeza, consolándolo con que el futuro era más compasivo con los buenos hijos, que no hiciera caso a la noche cuando rugiera o al cielo si buscaba ilusionarlo, bastaba con querer aferrarse a todo aquello que naciera como el día, y así fue. Si la distinción para la intensidad es el día y la noche, su hijo, más allá de sus lamentaciones, un día despertó y decidió ser feliz, solo hizo falta una llamada.

El terapeuta le explicó que no por ser padre debía toda su existencia a su hijo. El padre, por su mente, entonces, recordaba que Dante reservaba un lugar especial en el cielo para todo aquél que con amor sincero tratara a sus hijos. «Es más fácil para los terapeutas hacer todo relativo que tratar con principios», pensó, pero no lo escribió para comunicárselo, solo lo dejó en su pensamiento, parecido al que tuvo cuando vio a su hijo salir por primera vez en mucho tiempo y regresó con el olor de la violencia.

Su nombre, el de su hijo, debería estar en los periódicos, en los noticieros, y puede que algún día lo esté, no por la fama de los buenos hijos, no por el futuro que acaricia, sino por hechos que le darán al padre más balbuceos. Quería discutir con él pero ya era imposible. Había consonantes y vocales que solo alcanzaban a tener ruido. El hijo lo tomó a su favor, y regresó con el aroma de la noche.

Creer como persona, esto es, hacerse más comprensivo, menos egoísta, cambiar vicios u ociosidades por deporte o gimnasio, creer en el mejor amor para ser acompañado, entre otras esperanzas, es la sana felicidad que siempre se recomendará, y hoy, que es de día y el hijo está poco más tranquilo, todo y nada de lo anterior se está realizando en él. Ha crecido, mas el padre tiene la sensación de que lo ha hecho desde otro lugar.

Hoy el padre tendría que ver a su terapeuta y no está. Hoy tendría que desahogarse de cosas que no podría platicar en otras circunstancias, aunque sea por escrito, con gestos, pero tenía qué hacerlo. «Los jóvenes cada día se sienten más seducidos en abrazar los caminos fáciles, los que les den estatus, los que les den poder, o en su defecto, los que les den ese sentimiento». Entonces estaba su hijo y esa idea empezaba a tomar sentido. Uno siempre puede creerse la excepción a la regla hasta que se convierte en parte de la estadística. Recibe un mensaje y es de su terapeuta, pero con las palabras de su hijo «Soy muy feliz, padre. Gracias por todo».

Es una ciudad pequeña, no tan pequeña, de esas que aunque no es grande tiene de qué hablar, de las que servían para que algún cosmopolita, cansado de ser una hormiga en su ciudad de

origen, conociera el silencio y la tranquilidad. Por eso cuando su hijo nació no le preocupaba tanto que terminara bajo las ruedas del sistema, ni que se vendiera a alguna empresa, solo le preocupaba, como buen padre de familia, que su hijo fuera feliz. Por eso no comprendía los estallidos emocionales, nocturnos, en medio de la abundancia y cuando intentó conocerlos el tramo había terminado, ya no había secretos porque fueron eliminados por un nuevo sentimiento.

Puede que el hijo supiera que la terapia del padre lo estaba ayudando, y por eso fue por la terapeuta para inaugurar un nuevo cielo naranja, puede que no, después de todo, todo hijo cuyo padre lo ha ayudado a ser feliz, solo quiere verlo sonreír, así que, digamos, el que haya coincidido en elegirla a ella como el material de iniciación en el grupo que le tendió la mano es simple y cruel coincidencia, de esas a las que preferimos no encontrarle un significado, pese a que es más claro que un cielo despejado.

Ya no es una ciudad tranquila, ya no es una ciudad pequeña, desde que llegaron aquellos, con armas, con seducción de poder, con violencia, a seducir a quienes no podían ajustarse, a quienes alguna vez se sintieron marginados o querían más por lo que todos los hombres han terminado en espirales de odio. Uno cree que no es mera historia y estadística, hasta que, inevitablemente, cuadra en las tablas. El padre volvía a ver a su hijo, el recuerdo de su madre, y ahora a una terapeuta, mañana podría ser una novia, un amigo, un niño, pero... su hijo estaba sonriendo. ¿Qué tanta felicidad puede aceptar un padre de su hijo? ¿Qué tanto bien hizo? ¿Cumplió como padre? Por primera vez, ver la meta, ver a su hijo feliz, con algo que los antiguos clasificarían de bello, con su mirada reposándose tiernamente bajo el cielo naranja, por primera vez ocurrían dos cosas, el padre sentía un inmenso dolor y el hijo varió sus palabras, extrañado: «¿Por qué tú no estás sonriendo también?». Y el cielo los despidió con la noche.